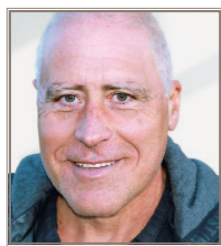




COMPRENDER EL 'NO' DE LOS NIÑOS



XAVIER SERRANO
Psicólogo, sexólogo
y psicoterapeuta
caracteroanalítico.
Su último libro es
*Profundizando en
el diván reichiano*
(Biblioteca Nueva).

Las pataletas o el llanto son expresiones que los adultos suelen tratar de silenciar. La agresividad, sin embargo, es un instinto que sirve para autoafirmarse y reivindicar lo que se necesita. Escuchar ese reclamo con amor ayudará al niño a desarrollarse.

Como mamíferos que somos, y en tanto no haya lesiones estructurales, el instinto se manifiesta desde el principio de la vida en forma de gestos, sonidos y expresiones corporales. El recién nacido exterioriza lo que necesita de una forma firme, segura, sin ambivalencias. Es su manera de comunicarse con el mundo. Si las personas adultas, especialmente quien ejerce la función materna, tienen la capacidad de relacionarse a través de ese código, se establece un diálogo profundo y permanente desde el afecto, la empatía y la visceralidad, que definimos como vínculo afectivo o apego.

Una de las manifestaciones que paradójicamente forman parte de ese código primitivo es la negación. A través de ella el niño se va reconociendo como ser individual, va reduciendo

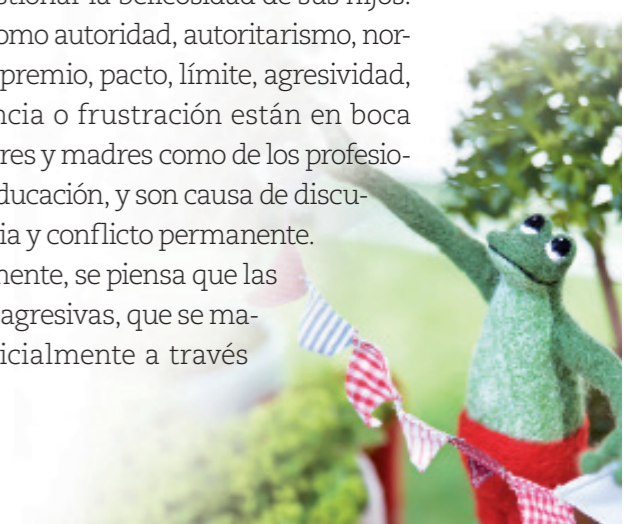
su dependencia casi total del cuerpo materno para sentirse ser propio. El psicoanalista René Spitz advirtió hace ya unas décadas que ciertas señales evidencian que se está produciendo una evolución del yo del recién nacido y, por lo tanto, de su proceso madurativo: la primera y más primitiva, ya que se manifiesta durante los primeros meses, es la sonrisa; la segunda, el llanto y las señales de angustia ante un extraño; y la tercera, la negación con la cabeza, coincidiendo con el comienzo de la bipedestación y de la individualización, de los 9 a los 15 meses, lo que le permite separarse por propia voluntad gateando o caminando.

DISCORDIA Y CONFLICTOS

Conforme pasan los meses, lo instintivo se va articulando con lo racional y da paso al lenguaje, estableciéndose progresivamente la forma de relacionarse propia del ser humano. Así, el gesto de la negación se une a la palabra y refuerza su significado. Decir "no" es, por consiguiente, una expresión arraigada en nuestro cuerpo, discurso dialogante, reflejo de autoestima y autorreconocimiento.

Suena un tanto extraño escuchar que a través de la negación nos afirmamos. De hecho, decir "no" traduce una actitud que suele asociarse a la rebeldía y la agresividad, un tema abordado a menudo en los grupos con padres y madres, o en otros espacios preventivos, cuando surgen cuestiones relacionadas con la forma de gestionar la belicosidad de sus hijos. Conceptos como autoridad, autoritarismo, norma, castigo, premio, pacto, límite, agresividad, rabia, violencia o frustración están en boca tanto de padres y madres como de los profesionales de la educación, y son causa de discusión, discordia y conflicto permanente.

Generalmente, se piensa que las expresiones agresivas, que se manifiestan inicialmente a través



SI EL NIÑO VE AHOGADAS TODAS SUS REIVINDICACIONES, PERDERÁ EL CONTACTO CON SUS NECESIDADES

del llanto continuado –que puede llegar a ser irritante–, y que con el tiempo se sustituyen por la negación y la rabieta, son negativas y deben evitarse. Por este motivo, se “enseña” al niño a reprimirlas y sustituirlas por actitudes “civilizadas”. Muy posiblemente, esta actitud esté basada en prejuicios culturales y en los conflictos personales en relación con la violencia.

UNA DEMANDA ACTIVA

El psicoanalista y pionero de la psicoterapia corporal y caracterológica Wilhelm Reich, en su libro *La función del orgasmo* (Paidós), planteó la diferencia entre agresividad, destructividad y sadismo, y afirmó que “la agresividad (del latín *adgredior*, “ir hacia algo o alguien”), al contrario de como generalmente se utiliza, debería ser sinónimo de reivindicación activa y, por tanto, formar parte del comportamiento saludable. La destructividad significa la eliminación de un objeto peligroso que se vive como un obstáculo, y cuando no tiene una base biológica instintiva, es irracional y neurótica. Y el sadismo es una acción cruel-destructiva que nace del bloqueo de los afectos y de la sexualidad, y al igual que el masoquismo, es siempre una manifestación destructiva hacia el “otro”, siendo ambos fenómenos sociales patológicos sin una base biológica e innata”.

Así pues, agresividad no debe entenderse como sinónimo de destructividad; se trata de una función necesaria para desarrollar las dinámicas instintivas y la capacidad de amar. Si desde la vida intrauterina

facilitamos un entorno acogedor, amoroso, tolerante y permisivo, la propia capacidad de autorregulación ecológica se desarrollará y modulará armónicamente, tanto en las manifestaciones amorosas como en las reivindicativas y agresivas del niño.

Desde esta perspectiva, el llanto del bebé es su medio de comunicación con el mundo y, como tal, puede ser diferente y estar expresando cosas muy dispares que el adulto debe discernir usando su instinto. Porque no se trata de utilizar medios para que el bebé ahogue su llanto, sino de comprenderlo.

Observamos algo similar cuando el bebé muerde el pecho mientras está mamando. Es un acto agresivo, puede que doloroso para la madre, pero, en realidad, es un gesto con el que le está diciendo algo. Si en lugar de escucharlo

lo malinterpretamos y anulamos la comunicación, el vínculo se va rompiendo y el bebé reduce el impulso de relación con el mundo, con las consecuencias que ello comporta: dolor interior, sensación de extrañeza, soledad...

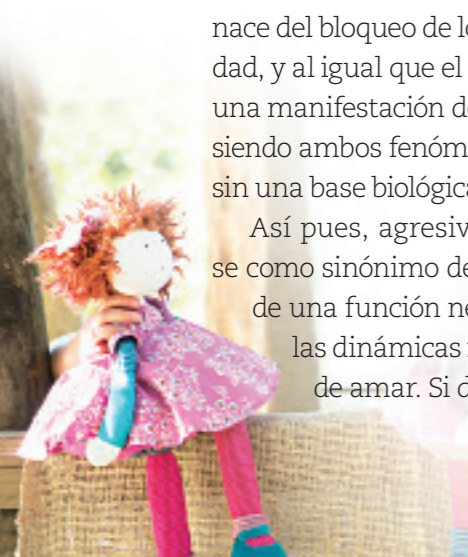
Posteriormente será el “No quiero comer”, “No quiero la chaqueta”, “No quiero ir al cole” y otros “no”, que toman formas extremas durante la adolescencia. En cualquier caso, mientras exista la posibilidad de expresarlos, de compartirlos y de escucharlos, siguen siendo momentos de autoafirmación y de desarrollo.

INICIAR UN DIÁLOGO

A medida que va creciendo, el niño comparte e interactúa cada vez más hasta que, tarde o temprano, su “no” se ve confrontado al “no” del otro. Compartir negaciones permite reconocer

y reconocerse y, consecuentemente, experimentar el diálogo, el respeto y la solidaridad. Si solo existe el “no” del adulto o el “no” del niño, no hay diálogo. Pero es al adulto a quien corresponde ayudar a madurar, lo que implica permitir la expresión del niño y del adolescente. El adulto se hace visible porque mira al niño, lo acepta y lo reconoce. Es el espejo donde este se mira y, por lo tanto, donde puede corroborar lo que siente sin entrar en confusión.

Pero ¿qué ocurre cuando no se permite la manifestación del instinto en los primeros meses de vida al reprimir las manifestaciones agresivas? El niño ve ahogadas sus expresiones reivindicativas, que toman diversas formas según la etapa de crecimiento en la que se encuentre. De este modo, ese impulso se va amortiguando y, con él, el contacto con





algunas de sus necesidades básicas, alterando su ritmo biológico. Todo ello conforma un remanente “pulsional” (necesidad de cariño, de placer, de contacto con las cosas, de exploración) que pugna por salir y que, al no conseguirlo, provoca frustración y rabia. Se establece así una base destructiva inconsciente que puede manifestarse después, bien a través de síntomas, bien a través de actitudes sádicas y violentas en función de las circunstancias del momento y del grado de represión vivido.

Por eso una pataleta, un berrinche o una expresión de rabia no tiene el mismo significado en todos los niños, ya que el significado está condicionado por las vivencias que han tenido estos anteriormente. Es un factor diferencial muy importante a la hora de abordar dinámicas de violencia más graves

que se pueden generar en los sistemas familiares donde no se tenga en cuenta la confianza en el niño, el respeto y la tolerancia.

SIGNO DE SEGURIDAD

El pedagogo inglés A. S. Neill, fundador de la escuela Summerhill, escribió: “Actualmente deposito mi confianza en la libertad. La libertad da buen resultado en todos los casos, aunque no es totalmente terapéutica para los niños que estuvieron huérfanos de amor en la primera infancia... La libertad no se apuntala con palabras, sino con hechos. La mejor forma de curar a un niño que desea romper ventanas consiste en sonreír y ayudarlo a demoler los vidrios”. Es decir, solo si el niño se ve aceptado y reconocido, puede permanecer receptivo a sus propios procesos y generar cambios.

Es a través del amor, en suma, como la agresividad ejerce su función ecológica. En cambio, nuestra incompreensión e intolerancia, junto a la idea narcisista de que solo el adulto es quien sabe y que los niños no pueden sino aprender –sinónimo de sometimiento, al estilo *supernanny*–, será suficiente para bloquear lo instintivo, lo natural, y anular el diálogo. Así se pueden convertir en adultos con estructuras encogidas, débiles, vulnerables y con tendencia al sometimiento; o bien narcisistas, fanfarronas y sádicas, algo que sintoniza con la realidad social en la que vivimos, la sostiene y la refuerza.

Como solía repetir mi mentor, el neuropsiquiatra italiano Federico Navarro, poder decir “no” es una señal de seguridad personal que refleja un yo fuerte, sin miedo y, por lo tanto, es la base para el respeto y la solidaridad social. 🐸

CÓMO ACTUAR ANTE LA NEGACIÓN

Para el niño, la negación es una forma de mostrarse al mundo y una parte del proceso de identidad que el adulto puede favorecer con sus actos.

• PRIMEROS TRES AÑOS: ESPEJO

El adulto es el espejo en el que se mira el niño y es a él a quien corresponde facilitar y favorecer su maduración. Es preciso, pues, observar la negación sin juzgarla, entenderla como una reacción visceral, vinculada a su instinto de autoconservación, e incluso valorarla positivamente, tanto a través de la palabra como desde la empatía.

• DE LOS CUATRO A LOS SIETE: YO-OTRO

Al ser una edad en la que lo instintivo se va integrando con lo racional, conviene mostrar confianza en su decisión final escuchando su negativa verbal o corporal, y si no es acorde a la posición del adulto, plantear sugerencias y posibles alternativas con un razonamiento básico para que pueda elegir. Es el momento de que los padres planteen también sus opiniones, inquietudes y necesidades para que el niño las tenga presente y las reconozca.

• MÁS DE OCHO: YO CON LOS OTROS

Ya existe una capacidad para participar activamente en lo grupal y lo social. Por lo tanto, las negaciones deben tener un sentido y unas razones. Poner los medios para el contraste y la búsqueda de soluciones conjuntas en caso de conflicto, llegando a compromisos y pactos que deben cumplirse en cuanto que son decisiones tomadas por él mismo, facilitará la cooperación y la solidaridad.

• EN CASO DE TRAUMA

Si el niño ha vivido un distrés o violencia traumática durante la vida intrauterina o los primeros meses de vida extrauterina, las negaciones serán reactivas, disfuncionales, buscando la descarga de tensión.